EL DIGNOCENTRISMO: una propuesta para salvar el planeta

Nicolás Alzate Mejía

nalzate01@gmail.com

Al ver pasar las horas en la caverna de mi habitación sin poder conciliar el sueño, recordé una idea que, probablemente, hacía el ruido suficiente y no permitía dormirme. Esa idea consistía en estudiar la posibilidad de animar a toda la población humana a tratar con dignidad, no sólo la especie humana, como lo indica la declaración universal de los derechos humanos en su preámbulo, sino también, tratar con respeto y dignidad al resto de especies bióticas y abióticas que acompañan al ser humano en esta bella casa planetaria, llamada madre Tierra, Gaia o Pachamama.

La anterior idea puede llevarnos a proponer que, sólo y en la medida en que la especie humana sea capaz de aprender a asumir una cultura del cuidado y del respeto a la dignidad de sí misma, del cuidado digno del otro y del cuidado digno y respetuoso de los otros seres bióticos y abióticos que comparten la misma casa común, podremos estar asistiendo a la gran posibilidad de salvar o al menos sustentar y sostener la vida en el planeta. A este nuevo estilo de vida amigable, solidario y fraterno con los ecosistemas se le llamaría entonces “*la era del dignocentrismo*”.

¿Por qué hoy, cuando el planeta tierra está siendo aniquilado, depredado y destruido por un tecnocentrismo, un progresismo y un desarrollismo despiadados, habría que hablar y proyectar una cultura ecológica basada en el dignocentrismo?

Porque a lo largo y ancho de la historia, ha habido numerosos “*centrismos*” culturales como el propio naturalismo, el cosmocentrismo, el teocentrismo, el antropocentrismo, de donde se ha derivado el racionalismo, el romanticismo y el humanismo, siguiendo con el tecnocentrismo, el cientificismo y hoy asistimos a la era del biotecnocentrismo que han intentado darle rumbo a la evolución y comprensión de lo existente, ensayando con ello, la búsqueda de respuestas a preguntas filosóficas como: ¿quiénes somos? ¿somos seres creados o evolucionados? ¿por qué existe el cosmos? ¿cuál es la finalidad de las cosas y los seres que existen? ¿por qué existe la belleza de la creación?

Recordemos que unos seiscientos años antes de Jesucristo (siglos VI y V a. C), hubo un grupo de pensadores, filósofos naturalistas, que situaron los principios de la vida y la organización de esta en algunos elementos de la naturaleza. A este movimiento se le denominó “*Naturalismo*”. Tales de Mileto consideró que *el agua* era el fundamento de la vida. Sin humedad, sin agua no podría existir vida. Luego aparece Anaxímenes de Mileto afirmando que *el aire* es el principio de todo lo existente. Sin el hálito y la fuerza que produce el aire, sin oxígeno no hay vida. Posteriormente llegó otro naturalista de aquella época, Anaximandro, asegurando que encontró en el *apeiron* aquel principio indeterminado de las cosas existentes. El apeiron sólo se determina cuando se concreta en las múltiples apariencias del mundo siendo siempre un misterio. Más tarde aparece Parménides afirmando que la esencia de la existencia se encuentra en *lo que permanece* a pesar de los cambios que aparenta en el tiempo y en el espacio; así surge la metafísica, entendida como aquella disciplina filosófica que intenta discernir lo que hay “*más allá de la fisis, de la materia*”. Mientras que Heráclito quiso afirmar que, lo esencial de la vida es precisamente *el cambio*. La esencia de la naturaleza y de la vida se halla en un constante proceso de transformación o flujo; por tanto, lo único permanente es el cambio.

Siguiendo con el desarrollo de la historia del pensamiento humano, llegamos al siglo I de nuestra era, viajando hasta el siglo XIV, época donde estaría terminando la edad media. En estos catorce siglos, el pensamiento humano construyó *el teocentrismo*, fenómeno que desplazaría el olvido del naturalismo que acabamos de describir.

En el pensamiento teocentrista, Dios es el centro de todos los acontecimientos de la existencia humana; nada puede existir sin la voluntad de Dios; Dios hace y deshace lo que le plazca en la naturaleza; por tanto, la naturaleza, en su esencia, es creada.

Del teocentrismo brotarán no pocos sistemas de interpretación de la naturaleza, convertidos en “*ismos*” como los fundamentalismos religiosos, quienes se adueñaron de un sinnúmero de imaginarios para sostener sus propias teorías. Ya, desde épocas muy lejanas, en Oriente, aparece el taoísmo, el confucionismo, el hinduismo, el budismo; mientras que en Medio Oriente aparecen movimientos teológico-religiosos como el judaísmo, el cristianismo, el islam; más adelante, el protestantismo y sus vertientes; todos ellos, intentando explicar la necesidad de creer en la existencia de una divinidad o divinidades, para mantener el orden y la armonía entre los seres de la naturaleza.

Llegamos así, a los siglos XV al XVII, época caracterizada por otra gran idea centralista: *el antropocentrismo*. El hombre se convierte en el centro de la creación y de toda la naturaleza, desplazando la fuerza de Dios, quien había reinado por más de catorce siglos en occidente.

El ser humano se hace centro de la naturaleza, porque comienza a desarrollar la razón desde una perspectiva del pensamiento crítico. El ser humano se considera un ilustrado capaz de retar a Dios y demostrar que puede explicar los fenómenos naturales desde las leyes que va descubriendo a través de la ciencia y la tecnología.

Sin darse cuenta, aparece entonces otro sistema centralista que intenta desplazar al hombre de su centro de gravitación. Es el arribo del *tecnocentrismo*, pues con la llegada de la industrialización, de la máquina y de la tecnología, el ser humano comienza a ser desplazado al no tener las capacidades para competir con la maquinaria tecnológica.

Sin embargo, los centrismos no van a parar allí. Del siglo XVIII al siglo XXI, se ha desplegado otro movimiento centralista que podemos llamar el “*Biotecnocentrismo*”. La naturaleza humana, la inteligencia humana y la vida en todas sus formas ha sido vista como obsoleta, finita y perecedera, la cual estorba ante los avances de la inteligencia artificial, de la robótica y del metaverso.

Estamos llegando entonces a la era de la obsolescencia de la naturaleza; y si no hacemos algo, si no recuperamos la dignidad de la vida en todas sus formas, comenzará la invasión, el desplazamiento y la extinción de la vida natural en todas sus formas. ¡He ahí la razón de un dignocentrismo!

El dignocentrismo nos dirá que, no es sólo y exclusivamente el ser humano aquel sujeto merecedor de derechos y de recibir un trato digno, puesto que no es un antropocentrismo que urge recuperarse. Se trata más bien de asumir una actitud civilizatoria, que favorezca la vida en todas sus formas y la diversidad de especies en que se manifiesta.

Esto implica que la sociedad del conocimiento tendría que animarse a dar el salto hacia un nuevo nivel de conciencia colectiva abierta, capaz de retar a aquellos sistemas cerrados que explican en forma reduccionista las cosmovisiones y, a la vez, aprender a asumir una conciencia biocivilizatoria.

En esta cultura biocivilizatoria las personas, la generación presente y la futura, necesitan aprender a denunciar las estrategias, las negociaciones gubernamentales y las acciones privadas que se ejecutan contra la vida en todas sus formas; e igualmente, aquellas que se omiten simplemente para favorecer el llamado desarrollismo tecnocientífico. Ni el lucro ni la destrucción de los ecosistemas pueden prevalecer sobre el cuidado de la biota. Es por ello por lo que se requiere pautar globalmente una cultura biocivilizatoria capaz de asumir el concepto de dignidad para la creación entera.

En el famoso cántico de la criaturas o el denominado Cántico al hermano sol, San Francisco de Asís, patrono de los ecologistas, propone y visualiza la importancia de reconocer los seres bióticos y los seres abióticos como merecedores de un cuidado esencial, que se expresaría desde aquel trato digno que la humanidad o la razón humana podría otorgar al resto de aquellos eres que nos acompañan en esta bella casa común, sin los cuales no podría existir equilibrio planetario ni armonía y mucho menos sustentabilidad de la vida en todas sus formas.